

pre afectando docilidad. El rey Luis, mas devoto en aquel tiempo que lo habia sido nunca, concibió una grande aversion hácia los jansenistas; por lo que se obtuvo con facilidad la supresion del monasterio, y aquella larga cuestion fué decidida por los agentes del rey. El marques de Argenson á la cabeza de su caballería se trasladó á Port-Royal de los Campos, é intimó el destierro á las monjas, las cuales fueron conducidas por el camino como si fuesen mujeres malvadas (1); y al subir al carruaje, la gente de aquellos contornos, que les era deudora de su instruccion y de continuos socorros, lloraba y se indignaba. Desde Port-Royal las llevaron á la cárcel; unas tenian ya ochenta años, otras estaban enfermas; algunas pudieron soportar hasta dos años el encierro solitario, sin libros ni consuelos religiosos, y murieron la mayor parte sin absolucion, y sus cuerpos no fueron depositados en tierra sagrada. Como continuaba inspirando veneracion su asilo, que se hizo objeto de devotas peregrinaciones, se mandó derribarlo, y los soldados ebrios destruyeron las celdas, destrozaron las tumbas y dispersaron los huesos, quedando solo los alrededores saludables y hermosos cual les habian dejado los solitarios.

1710.

Bula Unigenitus. 1713.

Roma, incesantemente apremiada por Luis XIV, dió una sentencia terminante contra Quesnel, condenando ciento y una proposiciones suyas en la bula *Unigenitus*, y prohibiendo las *Reflexiones morales* y cualquiera otro libro que se publicase en defensa suya.

¿Quién no hubiera dicho que el jansenismo, condenado en tan inmenso número de proposiciones no podria levantarse jamas? Sin embargo, se clamó contra una bula dictada por condescendencia, de la cual habia prometido el papa mandar al rey la minuta ántes de publicarla, expurgándola de toda fórmula que pudiese herir al rey ó al clero galicano. El arzobispo de Paris se negó á aceptarla, afectando una ridicula neutralidad entre Quesnel y el papa, y unos las reconocieron y otros no; la Sorbona la aceptó y despues la rechazó; no habia casa ni círculo donde no se tratase de la bula *Unigenitus*, y se dividieron las escuelas, las familias y los cabildos. Luis, viejo ya, no era obedecido tan puntualmente, y en el lecho de muerte le asaltaron quizá algunos escrúpulos, pues decia á los confesores: « Si me engaños » teis, gran falta habéis cometido, porque yo » he obrado de buena fe, y buscaba sincera- » mente la paz de la Iglesia. » Despues de muerto Luis, el regente duque de Orleans llamó de nuevo á los desterrados y los calcó en los obispos; enorgullecidos estos se hicieron perseguidores, y apelaron al papa mejor informado y al futuro concilio. Clemente XI condenó la apelacion (*Pastoralis officii*) y al que rechazara la bula *Unigenitus*; pero el breve fué detenido

1718.

(1) *Comme on enlève des créatures publiques d'un mauvais lieu. SAINT-SIMON.*

por el parlamento como contrario á las libertades galicanas. Noailles apeló al concilio en union de la Sorbona y de los parlamentos, convertidos en constantes protectores del jansenismo por aquel antiguo odio que tenian á Roma: el regente, disgustado de cuestiones que hubieran interrumpido el choque de los vasos en sus cenas, prohibió la publicacion de disputas sobre esta materia, pero no fué posible hacer guardar silencio. Cuarenta obispos firmaron un *Sumario de doctrina* escrito por Noailles, en el que todos los puntos discutidos se defendian, alegando pruebas contra la bula *Unigenitus*. Pero Noailles se retractó ántes de morir, y se retiró al Monte Valeriano á interrogar con oraciones la voluntad del Cielo: el regente ordenó que la bula, aclarada por una pastoral del obispo de Rohan, fuese aceptada por todos, prohibiendo la enseñanza contraria á ella, aboliendo la apelacion, y oponiéndose á que se llamase á nadie innovador, hereje, jansenista ó cosa semejante. Habiendo pedido á los obispos su parecer, todos aprobaron la bula mas ó ménos explicitamente; pero los apelantes hicieron distincion entre la Iglesia dispersa y la reunida, diciendo que la primera no era infalible.

1720.

La guerra, sin embargo, proseguia entre aceptantes y apelantes, y no enumeraré sus intrigas; pues todo partido adopta siempre las mismas cuando quiere abatir á su contrario, sin reparar en los medios. Habiéndose recogido entonces las licencias á los sacerdotes, era preciso distinguir entre el director espiritual y el confesor; nuevo embarazo para las conciencias. Soanen, obispo de Senes, respetable octogenario y ardiente jansenista, se negó á ceder y fué suspenso y desterrado; vivió hasta la edad de noventa y tres años, siempre constante, y se titulaba *prisionero de Jesucristo*, obteniendo una especie de culto de sus partidarios. Francisco Paris, jansenista tambien y diacono de San Medardo en Paris, quiso hacer revivir á Port-Royal en el barrio mas pobre de la capital, y crear un retiro como el de la Trapa, sin recibir los sacramentos mas que cuando se sentia lleno de fervor; por lo que estuvo años enteros sin hacerlo, y protestó contra la bula en el acto mismo de recibir el Viático. Murió á causa de las mortificaciones, y se le consideró como el representante y el mártir de su causa; se esparcieron voces de prodigios acacidos en su tumba; los paralíticos andaban, los enfermos curaban, y personas de todos sexos al acercarse á ella eran víctimas de convulsiones, durante las cuales maldecian la bula *Unigenitus*, y sanaban. Esto sucedia en el Paris del duque de Orleans y de Voltaire; ¡y lo creian los que se movian de los milagros de los Jesuitas en las Indias! El gobierno tuvo que hacer cerrar el cementerio, y entonces se multiplicaron mucho mas las curaciones y los milagros (1).

Francisco Paris. 1710.

(1) La sátira entonces decia:

De par le roy, défense á Dieu
De faire miracle en ce lieu.

Todavía se prolongó por algun tiempo la cuestion del jansenismo, pero tranquila, y solo en las escuelas, de las que no debió haber salido jamas; ni hubiera salido si no se hubiese hecho oposicion, de la que se valieron sus adversarios para adquirir poder. Los jansenistas, cuya pasion principal se habia reducido al odio que les inspiraban los Jesuitas, tenian una caja particular, guardada con el desinterés propio de las sectas oprimidas. Pensaron establecerse en una isla de Holstein, y despues en América como Penn, pero Holanda les ofreció « libertad para negar la libertad del hombre, » y en 1761 solo Amsterdam tenia seis iglesias con seis mil jansenistas.

Semejantes debates, suscitados en una época de mucha actividad sin objeto, y de gran corrupcion, llegaron á adquirir interés, pues eran el único refugio de la libre discusion bajo el rey mas absoluto, el cual no habria tolerado en otra forma el debate y la oposicion (1): á los pensadores parecerá un medio entre el Catolicismo, el protestantismo y la filosofia, con el cual, resistiendo en política, y rechazando la moral relajadas, se ayudó á la regeneracion moderna, y se realizó la vida práctica por la reprobacion del idealismo. Aquella sociedad de hombres, unidos por la fe y en generosa abnegacion, en un tiempo en que no habia mas que asociaciones temporales de interés y de ambiciones, inspira simpatía, como si fuese un episodio del siglo x en medio del siglo de Luis XIV. Abatida la importancia práctica del jansenismo, hoy se conoce mejor su objeto; el historiador ve en él uno de tantos pasos de que no quedan huellas, pero mediante los cuales la humanidad ha progresado, y los políticos encuentran el principio de aquella resistencia parlamentaria que preparó la Revolucion.

CAPÍTULO XII

La controversia cristiana.

Los protestantes debian reirse de las encarnizadas disensiones de la Iglesia Católica, que se jactaba de la unidad de su doctrina como de su principal distintivo. Pero semejantes discusiones sobre cualquiera de los puntos, objeto de la lucha, eran muy distintas de las profundas diferencias entre los acatólicos, nacidas del desenvolvimiento del libre exámen, que ya con el socinianismo habia llegado á negar la divinidad de Cristo.

Arminianos. 1618-19.

En Holanda se agitaban los arminianos, y cuando por el sínodo de Dordrecht fueron reprobados, opusieron á la autoridad de este las mismas razones por las cuales los protestantes habian rechazado el concilio de Trento; dando

(1) Bergier, que por cierto no era amigo de los jansenistas, concluye el artículo que les dedica diciendo que en estos se castigaba, no sus opiniones, sino su insolente y sediciosa conducta.

las mismas respuestas y los mismos ejemplos en que los teólogos católicos se apoyaban. Los arminianos quedaron considerados como étnicos por el clero intolerante, que no pudo impedir la circulacion de sus escritos. Courcéles, de Ginebra, sucedió á Episcopio con ménos talento que este, pero con mayor conocimiento de las antigüedades eclesiásticas. Limborch, sobrino de Episcopio (*Thelogia cristiana*, 1686), dió la mas completa exposicion de la doctrina arminiana, tanto cuanto era posible en una Iglesia no ligada á los símbolos. Apoyó aquellas opiniones Juan Le Clerc, sobrino de Courcéles, en el *Comentario al Nuevo Testamento*, donde con erudicion mas extensa que profunda, argumenta sin manifestar pasion sino contra los Romanos; y comprendiendo el poder de las revistas literarias, ejerció por medio de la *Biblioteca universal, escogida, antigua y moderna* (1686-1730) un terrible despotismo sobre las opiniones. Así como niega que sea Moises el autor del Pentateúco y explica físicamente los milagros, del mismo modo impugna los pasajes que demuestran la divinidad de Cristo y la Trinidad; y en union de Limborch, y aun del famoso médico Van Dale, difundió estos errores desde la cátedra y en los periódicos. Otros tambien tanto en Holanda como en Inglaterra impugnaban la preexistencia de Cristo, ó sostenian que no era mas que una criatura privilegiada.

1660.

Los socinianos, arrojados de Polonia, se refugiaron en Holanda, y no se les puso otra condicion sino la de publicar sus escritos con la fecha en Eleuterópolis, Irenópolis, Freystadt ú otros semejantes, y adquirieron algunos prosélitos. Alcanzaron gran triunfo con haber manifestado el mencionado Courcéles y Peteau en la *Dogmata theologica*, que la opinion arriana habia sido divulgada entre los Padres ántes de concilio de Nicea; por lo que fué muy oportuna la *Defensio fidei nicenæ* (1685), de Bull, el cual fué el campeón de la polémica arminiana en Inglaterra. Saneroff (*Fur prædestinatus*, 1651) escribió un diálogo entre un condenado á muerte y el ministro que le asistió, donde el primero asegura estar predestinado á la vida eterna, apoyándose con mucho ingenio en los argumentos de los primeros calvinistas, sin olvidar á Zwingli, Beza, Zanchi y Lutero, y rechazando toda autoridad moderna. El clero anglicano realista, perseguido por los sectarios calvinistas, combatia por las opiniones contrarias como lo hicieron Barrow y South: sin embargo el arminianismo crecia, y la juventud se alistaba entre los *latitudinarios*, que rechazaban toda transaccion con el papa, siendo mas profundos en la filosofia profana que en los santos padres, favoreciendo la religion natural, y ensanchando los principios fundamentales del Cristianismo mas que lo habian estado en los primeros siglos.

De este modo las instituciones teológicas de Episcopio reemplazaban á las de Calvino, y con la libertad que en el jansenismo, se cuestionaba

respecto de San Agustín, unos combatiéndole con interpretaciones diversas de la Escritura, y otros ensalzando la ley natural é inculcando los deberes morales. La *Armonía apostólica* (1669) de Bull, para conciliar á San Pablo y San Juan en un punto en que parecían discordes, dice que debía comentarse al primero con el segundo, y no al contrario, pues que la autoridad mas reciente es la que debe prevalecer, presumiendo que esta habria aclarado lo que la primera dejó oscuro. No solo lo refutaron los presbiterianos, sino los que como Lutero hacían consistir la justificación en la fe. Hammond, parafraseando el Nuevo Testamento, interpretó las epístolas de San Pablo de un modo enteramente distinto que Beza y que los otros teólogos del siglo XVI, y adquirió grande autoridad. Pearson en la *Exposición del símbolo apostólico* (1659), además del sentido natural, trató de la mayor parte de los artículos de creencia ortodoxa, resumiendo los argumentos y las autoridades. Taylor rechazó todo lo que no se halla en la Escritura, y esparció dudas sobre cuanto no pertenecía á la primitiva doctrina de la Iglesia. Dodwell, en las disertaciones sobre San Cipriano, redujo los mártires á muy pequeño número, acusó de credulidad á los santos padres, y supuso que los Evangelios habian sido compilados en tiempo de Trajano.

Burnet.

Gilberto Burnet, obispo de Salisbury, disgustado de los partidos políticos de su país y contrario á Luis XIV, publicó una *Historia de la Reforma*, refutada por Bossuet, y Tomas Burnet escribió una *Teoría sagrada de la tierra*, llena de delirios; en la *Archæologia philosophica* pone á discusión la historia literal del Génesis, y en el *Estado de los muertos y resucitados* impugna la eternidad de las penas, debiendo, segun él, ser salvado al fin todo el género humano. Carlos Leslie ofreció un método breve y muy reputado para combatir á los deístas.

Podríamos añadir á estos Stillingfleet, Wacke, y Clarke, predicador, metafísico y controversista, y otros muchos de diferentes países que se dedicaron á la disciplina eclesiástica. Pero la libertad de pensar dejaba que se presentasen con libertad socinianos, arrianos, latitudinarios y deístas, quedando el anglicanismo reducido á dejar que cada uno creyese justa la creencia privada, conservando sin embargo ciertas formas exteriores de culto por el bien parecer. Wilkins fué quien principió á tener estas condescendencias, y el arzobispo Tillotson compuso los *Principios y deberes de la religión natural* (1691), tendiendo á separar la obligación moral de la religión; Chillingworth (1644) sacó de aquí un sistema al que Locke dió fórmulas filosóficas, y se llegó por fin hasta negar el Cristianismo como lo hicieron Hóppes y Espinosa.

Los Alemanes también tomaron parte en el combate, bien en el sentido católico, bien en el contrario. Juan Alberto Fabricio de Leipzig hizo profundos estudios sobre la Sagrada Escri-

tura y sobre los autores eclesiásticos en sentido luterano, así como Juan Federico Meyer, Meelfuhrer, Juan Oleario y su hijo Godofredo que combatió á los socinianos, y Augusto Herminio Frank de Lubek que estableció en Leipzig conferencias sobre la Sagrada Escritura, y en Halle un hospicio para niños huérfanos. Götze, cura de Lubek, dejó hasta ciento cincuenta escritos de controversia, y Jager de Stuttgart una historia eclesiástica y un exámen sobre las opiniones de Espinosa, Grocio y Puffendorf.

Ricardo Simon del Oratorio, sabio hebraizante y uno de los mejores eruditos franceses, en la *Historia crítica del Viejo Testamento* niega que el Pentatéuco sea de Moisés, y lo supone compilado por los escribas del tiempo de Ésdra. Le combatieron Bossuet y Le Clerc; los protestantes le acusaron de haber debilitado la Escritura atribuyendo demasiado á la tradición, y los Católicos creían que al insistir en esta, su único objeto era salvarse de la nota de temerario. Con gran caudal de conocimientos hizo frente á una multitud de escritos, y después en la *Historia crítica de los principales comentaristas del Nuevo Testamento*, trató con atrevimiento á los concilios y á los santos padres, mayormente á San Agustín, inclinándose á los unitarios, y llamando la atención de las medianías con la libertad de sus paradojas, y con su máxima de que en las disputas conviene siempre tomar ventaja sobre el adversario, y reducirlo á la defensiva.

Los protestantes, arrojados de Francia por las persecuciones del rey Luis, mas libres é irritados acudieron á la pluma. Pedro Jurieu, Orleansés, desterrado por su *Política del clero de Francia* y nombrado cura de Rotterdam, publicó muchísimas obras en favor de su comunión para debatir con los Católicos y los protestantes: irascible, implacable y con frecuencia visionario, sostenía que el papa era el verdadero anticristo, difundía profecías, y atizaba las discordias interiores de Francia. Viendo que el protestantismo conducía necesariamente al racionalismo, hizo una tentativa desesperada para salvar los dogmas principales, deduciéndolos de la conciencia humana. El hombre encuentra en sí el sentimiento de un pecado original, en consecuencia Dios le condena; y como Dios no puede ser satisfecho sino con méritos infinitos, es necesario el sacrificio de una persona divina; lo que implica la multiplicidad de las personas en Dios, y la encarnación de una de ellas. Mezquinas síntesis de inciertas deducciones para construir su edificio sobre el mundo y sobre la fe, y Bossuet exclamaba: « Es verdaderamente burlarse del género humano quererle hacer creer que se comprende de este modo una Trinidad y una encarnación. »

Con él vino á encontrarse Isaac Jaquelot, que escribió un *Tratado de la verdad y de la inspiración del Viejo y Nuevo Testamento*. Isaac de Beausobre de Niort, refugiado en Holanda y en

Alemania, y después inspector de las congregaciones francesas en Berlin, en la *Historia crítica del maniqueísmo* mostró grandes conocimientos de las antigüedades eclesiásticas, y continuó disputando y predicando hasta la edad de ochenta años. Era miembro de una sociedad de sabios desterrados, que se titulaban los *anónimos*, y escribían la *Biblioteca alemana*; á esta sociedad pertenecían Formey, Lacroze, Mauclerc y Lenfant, autor de la *Historia de los hussitas y del concilio de Constanza*.

Basnage. Jacobo Basnage de Ruan, cuyo padre había hecho muchos apuntes á los Anales de Baronio, refugiado en Holanda bajo la protección del gran pensionario Einsio, discípulo y después enemigo de Jurieu, y superior á éste en sencillez y lealtad, dejó escritas muchas obras, entre las principales la *Historia de la Iglesia* y la de las *Iglesias reformadas*. Jacobo Abbadie, Bearnes, obispo de la Iglesia reformada en Berlin y después en Inglaterra, es conocido principalmente por su *Tratado de la religión cristiana y de la divinidad de Jesucristo*, en el cual combate á los ateos, deístas y socinianos con una argumentación aplaudida hasta por los Católicos, en contra de los cuales publicó después la *Verdad de la religión cristiana reformada* y las *Reflexiones sobre la presencia real*, y además otros muchos opúsculos de controversia.

Bayle.

1617-

1706.

Podríamos añadir á estos el místico Poirét, La Placette, Martin, Naudé, Saurin y Alix, refugiado en Inglaterra como Dubourdieu, Gros-tête, Le Duchat y otros; pero baste nombrar á Pedro Bayle, que con la mayor gloria unió la filosofía á la erudición. Nació en Carlat, en el condado de Foix, de padre hugonote; leía tanto que llegó á enfermar, siendo sus favoritos Plutarco y Montaigne. Estudiando en Tolosa bajo la dirección de los Jesuitas, se hizo Católico en la conclusión pública que sostuvo con gran éxito, y dedicó la tesis á la Virgen Deipara; *idolatría* que amargó al padre la satisfacción por los triunfos del hijo. Pronto, sin embargo, sus parientes le sugirieron objeciones contra las doctrinas católicas, por cuyo motivo las abjuró; pero habiendo tenido ocasión de conocer las dos religiones, no se declaró por ninguna, conservándose en una imparcialidad muy semejante al desprecio, la cual al ménos le impidió convertirse en perseguidor como lo era su siglo. En Ginebra adquirió fama; amigo de Basnage, Pictet y Leger, hizo de maestro, y como tal consiguió pasar á Paris como ceseaba. Trasladado después Basnage á la universidad de Sedan para estudiar las ciencias sagradas segun los reformados, le recomendó á Jurieu, que lo hizo llamar para que explicase filosofía. En varios escritos, ya anónimos, ya con nombre supuesto, manifestó una extraordinaria erudición que en nada perjudicó á su sagacidad filosófica. El cometa que se presentó en 1680 no fué solamente al vulgo á quien pareció señal de desgracias; y muchos sabios sostuvieron que Dios se había valido otras veces de tales medios para mudar

la religión: Bayle principió á discutir « si el ateísmo es peor que la idolatría, y causa necesaria de los delitos, » y « si Dios puede preferir que el mundo se quede sin conocerle, ántes que verle envuelto en la idolatría, como sucedería si los cometas presagiasen grandes catástrofes. » En estas discusiones contrajo la costumbre de confiarse atrevidamente á la dialéctica, y de abordar con frialdad todas sus cuestiones ó sus deducciones. No pudo publicar este trabajo hasta que, abolida la universidad de Sedan por la revocación del edicto de Nántes, obtuvo una cátedra en Rotterdam; en cuyo punto creció su fama, de tal modo que se declaró enemigo suyo Jurieu, que no consentía que nadie le eclipsase.

Mayor éxito alcanzó su *Crítica general de la historia del calvinismo de Maimburgo*, trabajo de quince días, en el que no refutaba al jesuita minuciosamente, sino con consideraciones generales. Propagada con entusiasmo en Francia, Maimburgo consiguió que se quemase; y los partidarios de Bayle imprimieron trescientas copias de la sentencia, fijándolas en los sitios públicos, lo que hizo que la obra fuese mucho mas buscada. Hízose una segunda edición aumentada, permaneciendo por largo tiempo ignorado el autor. Maravillado de que los Holandeses con tantas personas inteligentes y con la completa libertad de imprenta que tenían, no hubieran pensado en un periódico, nuevo género cuya importancia comprendía, trató de emprenderlo, impulsado por su despecho contra un periodista parisiense que censuraba aun á las personas de reconocido mérito. Principió (1684), pues, la publicación titulada: *Nouvelles de la république des lettres*, análisis razonado de las obras modernas, y sencillas noticias con algunas notas de crítica templada y elogios superabundantes; hasta que advirtiendo que el público prefería la sátira, se hizo satírico, en cuyo género alcanzó gran crédito, tanto mas cuanto que estaba prohibido en Francia (1). Louvois, para vengarse, persiguió á su hermano hasta el punto de dejarle morir en una horrible prisión, por lo que Bayle comenzó á declamar contra la intolerancia religiosa, y contra los aplausos prodigados por el servilismo francés al gran Luis. Y escribió *Qué cosa es la Francia toda católica bajo el reinado de Luis el Grande*; negro cuadro de la Iglesia y del clero, el cual, segun decia, hacía aborrecible el nombre cristiano.

En realidad, entónces no quedaban mas que dos caminos: ó creer firmemente en una de las religiones combatientes, y por tanto hacerse perseguidor de la otra, ó creer á medias en entrambas y proclamar la tolerancia. Muchos, y no solamente los Católicos, pretendían que un príncipe podía, ó mejor dicho, debía servirse de la fuerza para reducir á sus súbditos á la

Tolera-
ancia.

(1) Fueron continuadas después por Enrique Basnage, hermano de Jacobo, con la *Historia de las obras de los sabios*, 1687-1709.

unidad de creencia. Jurieu, creyendo seguro el triunfo del protestantismo, detestaba á Luis XIV como enemigo de la verdadera religion y de toda Europa; de su creencia sacaba la idea de la soberanía del pueblo, del mismo modo que Beza, Milton, Buchanan, Duplessis-Mornay y tantos otros célebres protestantes, y como todos los Ingleses que en nombre de ella habian condenado á su rey. Á los ojos de aquel entusiasta, Bayle debía parecer frio, cuando con calma y moderacion predicaba la tolerancia, y queria poner término al desórden, que habia llegado á hacerse universal despues de la Reforma; cuando pedía la libertad del pensamiento, y la encontraba reprimida no ménos por el calvinismo que por la Inquisicion; y cuando en su *Comentario á las palabras evangélicas Coge eos intrare*, léjos de sostener que pudiera perseguirse por razones religiosas, creía que se debía dejar á cada uno interpretar la Escritura segun su inteligencia.

Jurieu, de cuyas profecías se burlaba, consiguió que se le persiguiera judicialmente; por lo que rechazado por los dos partidos, quemadas sus obras por los Católicos y atacado por los calvinistas, no le quedó mas recurso que predicar la tolerancia filosófica. No era, sin embargo, esta tolerancia la que hacia un siglo defendían los socinianos y arminianos, apoyada en las ideas religiosas y en la fe de una general conversion cristiana; sino que la fundaba sobre el argumento escéptico, de que ninguno tiene tanta seguridad de la propia creencia, para poder perseguir á otros. Tal me parece el asunto de su *Diccionario histórico crítico* (1697). En él finge querer llenar los vacíos del de Moreri, de manera que es incompleto y enojoso por sus interminables refutaciones; en pocas líneas de texto introduce largas aclaraciones y notas, abordando las cuestiones que son ménos de esperar. Abunda en anécdotas, complácese en ser oscuro, pero no habrá quien se atreva á negarle gran saber, sutileza de ingenio y sensatez en las observaciones. La empalagosa erudicion de que se hacia gala en el siglo anterior, es en él soportable por el tono burlon que adopta, y los libres y luminosos pensamientos con que sin cesar combate las preocupaciones; aduló la frivolidad, que aun no se habia revelado en las clases elevadas, logrando que se le leyese á pesar de su erudicion; halagaba el amor propio descubriendo lo incierto de los hechos, la locura de las opiniones y la pequeñez de los grandes, y poniendo en duda toda verdad, desvirtuando toda gloria. El ser excelente dialéctico é infatigable compilador no le impidió ser gran conocedor del corazon humano; se cuidó poco de la libertad política, pero mucho de la filosófica. Una vez adoptado este nuevo plan de ataque, á guisa de quien acuerda, y aparentando contentarse con referir únicamente lo que otros habian ya dicho, hizo de la duda un fin y no un medio: todo lo pesaba; si tropezaba con una opinion mal soste-

nida, la robustecia para demostrar que tambien pueden los errores y las herejías mas absurdas sostenerse con argumentos que hagan enmudecer á los dialécticos mas aguerridos. Y continúa demostrando que la razon humana es tanto mas poderosa para refutar cuanto es débil para probar, ya sean verdades morales, ya históricas. Las malaventuradas tendencias de este libro contrarian á todo el que necesita amar y creer; fatigan su imperturbable ironía, su carencia absoluta de amor á la verdad, y poca rectitud para buscarla: ni aun disimula su inclinacion hácia los maniqueos, y se convierte en dogmático al mismo tiempo que se mofa de los dogmáticos y de cuantos escarnecen las opiniones de los demas.

En la reimpression de 1702 se hace cargo de las muchas refutaciones que de su doctrina se habian publicado, y concluye sosteniendo que pueden hacerse á la religion objeciones que la razon no puede aclarar, pero que un buen Cristiano debe despreciar, descansando en la fe. De modo que solo afirma la duda, especialmente en lo referente al origen del mal y á la eternidad del castigo; y aunque es verdad que presenta el pro y el contra, no lo hace por imparcialidad, sino por deseo de destruir la pretendida infalibilidad de los teólogos, filósofos, físicos é historiadores. Preguntado por el cardenal Polignac á qué secta ú opinion pertenecia, respondió con un pasaje de Lucrecio; insistió el cardenal, y contestó que era protestante, lo que no significaba mucho mas; pero no teniendo ya evasiva posible, tanto le estrechaban, repitió con impaciencia: « Sí, señor, soy buen protestante en » toda la extension de la palabra, porque en el » fondo del alma protesto de todo cuanto se » dice y se hace (1). » Otra vez dijo: *Mi talento consiste en formular dudas, pero no son mas que dudas* (2); y entregado á ellas fué sorprendido por la muerte. Guia de los incrédulos, tuvo que enmascararse hasta en los países en que la religion era libre: solo publicó con su nombre el *Diccionario*, que hermoso con muchas ideas nuevas y atrevidas, paradojas brillantes y atractivos lúbricos, llegó á ser una fuente inagotable para sus sucesores, que ni con mucho poseían tantos conocimientos, y que de muchas inconexas aserciones sacaban consecuencias que se desvanecian apénas se confrontaban con el original. De este modo Bayle fué

(1) FOUCIER, *Histoire du comte de Polignac*, I, 410.

(2) Puede decir que sus dudas en materia de religion se resumen en estas palabras de la *Reponse aux questions d'un provincial*, cap. 120: « Partout je me suis réduit à montrer, que les objections philosophiques contre ce que la théologie nous enseigne sur l'origine et les suites du péché, sont si fortes, que notre raison est trop faible pour les résoudre, et qu'ainsi nous nous devons comporter, quant au mystère de la prédestination, tout comme quant aux autres mystères, les croire sur l'autorité de Dieu, quoique nous ne puissions ni les comprendre, ni les faire cadrer aux maximes des philosophes. Si j'ai répandu dans mon Dictionnaire quelques autres difficultés, elles sont toutes marquées au même coin. » En efecto, la predestinacion absoluta era el dogma protestante en que se apoyaba la intolerancia de los calvinistas.

el lazo de union entre los protestantes del siglo XVI y los filosofistas del XVIII.

Las escuelas, atemorizadas por la novedad que todo lo invadía, rechazaron tal vez la verdadera ciencia, reduciéndose á la antigua escolástica contenciosa, negativa en parte y en parte inútil para la ciencia verdaderamente cristiana. Aun las escuelas mejor reputadas buscaban un punto de apoyo ó en los sistemas que yacian envueltos en el polvo del olvido, ó en las teorías de Descartes, con preferencia á la verdadera doctrina católica, no comprendiendo que no todo error nuevo es una ciencia nueva. Pero cuando la duda, introducida por los filósofos en las demas ciencias, se aplicó á la teología, y cuando la nueva generacion, sin haber leído mucho, quiso juzgarlo todo, sometiéndolo todo al escarpelo de la critica, se hizo indispensable la adopcion de un método diverso, que consistiese en aborraz citas, emplear un lenguaje que estuviese al alcance de todos, probar los hechos y esclarecerlos. Esta fué la obra de los campeones del Catolicismo, de los cuales una gran parte se deben á Francia.

Pascal.

Pascal, ornamento de Port-Real, hombre de un carácter inflexible, y que exigía en todo una precision extremada y una evidencia incontrastable, en materias de religion las exigía del mismo modo; por lo cual, colocado entre la necesidad de creer y la de demostrar los fundamentos de sus creencias, perdió la salud y á veces desvarió. Pero la religion no puede ser únicamente asunto de la inteligencia ó argumento de certámenes literarios, sino principalmente del sentimiento y de la fe; y siempre se intentará en vano reducirla á demostraciones jurídicas, como intentó Grozio, ó á problemas geométricos, como Pascal. Sin embargo, este unió la geometría con la moral. Su objeto se reducía á probar que los dogmas del Cristianismo no son ménos evidentes que los axiomas matemáticos. Un hombre que mira con indiferencia cuanto le rodea y aun de sí mismo prescindir, reconoce su verdadera naturaleza, sus necesidades, sus deseos y sus relaciones con los demas seres, y medita sobre su esencia y su destino, deseando sinceramente luz para no perderse en el laberinto de sus pensamientos. Vuélvese á los filósofos y no halla en ellos mas que contradicciones é inexactitudes; recorre las religiones antiguas y modernas, pero no le ofrecen mas que locuras y delirios: solo la religion de los Hebreos le da una idea clara de la naturaleza humana, de sus imperfecciones y de su inclinacion al mal, preparándole con las profecías al Cristianismo.

Tal debió ser el pensamiento culminante de la obra de Pascal sobre la religion, porque no quedan mas que fragmentos inconexos, reunidos caprichosamente por sus amigos, que hasta tuvieron la audacia de reformarlos. Mayor elevacion de ingenio que en las *Provinciales* se advierte en esta obra; mas rapidez, energia y sublimidad en las expresiones: se hallan trozos

que se graban en la memoria de un modo indeleble: su estilo es elevado sin afectacion; conmueve, pero no arrebató; es personal, pero sin orgullo; abunda en expresiones sencillas y atrevidas, y no ostenta otras galas mas que una casta desnudez, que se identifica con el alma del autor. Como Montaigne, que no se le caía de las manos, conoce las miserias del hombre y se complace en oscurecer el cuadro; pero Montaigne habla continuamente de sí mismo, y Pascal cree que un hombre honrado nunca debe hablar de sí, tanto por cortesía como por piedad cristiana; Montaigne se encierra en un escepticismo burlon; Pascal, desconfiando de la razon, se ase de las verdades reveladas con la ansiedad que un náufrago de una tabla, y con su auxilio procura explicar y atender á las necesidades de la conciencia. El dogma de la caída original le sirve de postulado indispensable para resolver el problema del mundo, y le revela la grandeza del hombre, capaz de conocer su propia decadencia. Entre la duda, reprobada por la naturaleza y la creencia ciega, reprobada por la razon, cree que existe en el hombre una imposibilidad para probar, imposibilidad que ningun dogmatismo ha podido vencer, y una idea de la verdad que ningun escepticismo ha conseguido hacer desaparecer; y meditando melancólicamente sobre la mas magnífica de las ruinas, llega á la necesidad de la fe.

Conociendo, como conocia, los errores del método de Descartes, que hasta ponía en duda las primitivas verdades de la fe, hace frente á la razon, que se abroga el derecho de *sentar el principio*, y se atribuye el poder de *demostrar* las verdades primordiales, comprendiendo apénas nació el racionalismo, que trastornaría las verdaderas relaciones que existían entre la razon y la fe. Al contrario de Descartes, Pascal se da cuenta de su fe colocándose en medio de los hechos, prefiriendo á las pruebas racionales las históricas y las grandes consideraciones morales, y estableciendo la religion, no sobre cualquier sistema metafísico, sino sobre la robusta base del sentido comun y de la experiencia universal.

Tambien da excelentes preceptos de lógica; y aconseja que en casos de derecho no se eche mano de la geometría, fiel á la verdadera economía del pensamiento; que no se definan cosas tan conocidas en sí mismas que no haya nada que las explique mejor; que no se pase ningun término oscuro sin definir; que se defina con voces ó palabras propias y admitidas; que no se pase ningun principio necesario sin saber si está admitido; que no se den por axiomas sino cosas evidentes por sí mismas; que se prueben todas las proposiciones un tanto oscuras, adoptando solo verdades indudables ó proposiciones consentidas, y que se sustituya mentalmente la definicion al objeto definido.

Mas extenso campo ofrecía, pues, la controversia católica, al suponer la razon humana abandonada á sí misma, pero impotente para